

¿REVUELTA DE MASANIELLO O REVOLUCIÓN DE NÁPOLES? UNA REINTERPRETACIÓN

Francesco Benigno

Scuola Normale Superiore (Pisa)

Resumen: Entre el 7 y el 16 de julio de 1647 una revuelta popular, dirigida por un joven pescadero, Masaniello, sacudió la ciudad de Nápoles. El asesinato de Masaniello, sin embargo, no condujo al fin de los disturbios. Por el contrario, la revuelta involucró a todo el reino de Nápoles, se radicalizó en un sentido antiespañol y culminó en la proclamación de la República y la llamada de un príncipe francés, el duque de Guisa. Sobre estos eventos, y especialmente sobre la fractura que se oponía permanentemente al pueblo y a los nobles, la historiografía ha debatido durante mucho tiempo. Sin embargo, hoy en día es posible, también sobre la base de nuevos documentos de archivo, proponer una interpretación diferente de los acontecimientos, que integra los dos momentos y permite una lectura actualizada de la revuelta/revolución de Nápoles.

Palabras clave: revuelta, revolución, Nápoles, siglo XVII, Masaniello.

Abstract: Between 7 and 16 July 1647 a popular revolt, led by a young fishmonger, Masaniello, shook the city of Naples. The killing of Masaniello, however, did not lead to the end of the riots. On the contrary, the revolt involved the entire kingdom of Naples, radicalized in an anti-Spanish sense and resulted in the proclamation of the Republic and the call of a French prince, the Duke of Guisa. On these events, and especially on the fracture that permanently opposed people and nobles, historiography has long debated. It is possible, however, today, also on the basis of new archival documents, to propose a different interpretation of the events, which integrates the two moments and allows an updated reading of the revolt/revolution in Naples.

Key words: Revolt, Revolution, Naples, Seventeenth Century, Masaniello.

DE vez en cuando, cíclicamente, el tema de la resistencia a un poder autoritario o despótico que produce un cambio de régimen –valga decir, a la manera clásica, el tema de la revolución– interpela a la opinión pública. En las décadas que siguieron a la caída repentina y bastante inesperada del Muro de Berlín y a la desintegración, en 1989, del sistema político que solía denominarse “socialismo real”, algunas crisis modificaron la faz ya de los países bajo la influencia soviética –las llamadas “revoluciones de colores”– ya de los países árabes que bordean el Mediterráneo –las conocidas como “primaveras árabes”. Tanto en un caso como en otro, la rebelión y el impulso de cambio se han extendido de una nación a otra mediante un pro-

ceso de propagación o imitación que recuerda a los historiadores del antiguo régimen las famosas *Six Contemporaneous Revolutions*, sobre las que el historiador estadounidense Roger Bigelow Merriman había escrito en el umbral de la Segunda Guerra Mundial,¹ y que habían dado lugar, en los años cincuenta, al famoso debate sobre la llamada “crisis general del siglo xvii”;² un debate que, visto desde el presente, ilustra bien cómo las revoluciones son fenómenos complejos y, de hecho, “son al menos tan difíciles de reconstruir como de predecir”. Esta sentencia fue escrita por Robert Forster y Jack P. Greene en la introducción de su clásico *Preconditions of Revolution in Early Modern Europe*,³ un texto que representa, al final de una era de animadas discusiones, lo que fue, en el apogeo de la década de los años setenta, el punto de vista consolidado sobre el tema.

Este texto, a través de una fuerte tensión comparativa, reuniendo a los mayores especialistas de la época –desde Roland Mousnier a John H. Elliott, a Lawrence Stone y a Marc Raeff– se había propuesto el objetivo de ofrecer un esquema adecuado y renovado para la comprensión de las revoluciones europeas de la primera época moderna. Después de adoptar en la introducción una definición muy general, y, por lo tanto, algo evasiva de la revolución,⁴ Forster y Greene trataron de circunscribir su alcance distinguiendo dos tipos de eventos que, desde posiciones especularmente opuestas, deberían ser excluidos de su concepto, y así ayudar a estrechar sus contornos: por una parte, los golpes de Estado, acontecimientos producidos por las élites y preparados en secreto (es decir, con escasa o nula movilización popular), sucesos capaces de provocar solo “una pequeña alteración en la estructura tanto del gobierno como de la sociedad”; y por otra parte, las revueltas populares espontáneas, “los numerosos *jacqueries* locales que aspiraban a la satisfacción de quejas inmediatas, pero sin ningún cambio en la naturaleza de los equilibrios políticos y sociales”.⁵

Aplicando este esquema explicativo a la situación de los años cuarenta del siglo xvii, se deduce que algunos de los acontecimientos examinados, es decir, las revueltas de Nápoles y Sicilia, no deben, por tanto, considerarse como revoluciones: “Las revueltas sicilianas y napolitanas de 1647/48 fue-

¹ R.B. Merriman: *Six contemporaneous revolutions*, Oxford, Clarendon Press, 1938.

² Véase el segundo capítulo de mi *Especios de la revolución: conflicto e identidad en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 47-70.

³ R. Forster – J.P. Greene: *Preconditions of Revolution in Early Modern Europe*, Baltimore-London, Johns Hopkins University Press, 1972, p. 18.

⁴ “Any sharp, sudden change or attempted change in the location of political power which involved either the use or the threat of violence and, if successful, expressed itself in the manifest and perhaps radical transformation of the process of government, the accepted foundations of sovereignty or legitimacy, and the conception of the political and/or social order”. Es la definición propuesta por Eugene Kamenka, “The concept of a Political devolution”, C.J. Friedrich (ed.), *Revolution*, New York, 1966, p. 124.

⁵ R. Forster – J.P. Greene: *Preconditions ... cit.*, p. 2.

ron jaqueries urbanas, estallidos de protesta popular producidos por el sufrimiento social y dirigidos, no contra el gobierno, sino contra los grupos locales de gobierno. Sin un programa completo de reformas y sin el apoyo de las élites, estos movimientos carecían de un conjunto de creencias unificadoras generalizadas y de la organización necesaria para apoyar el éxito de una revuelta contra la poderosa alianza entre las élites locales y el gobierno central de Madrid”.⁶ Este examen sumario fue apoyado por el autorizado juicio de Elliott, para quien “los acontecimientos en Sicilia, y, en menor medida, los de la ciudad de Nápoles, apenas se extienden más allá de las categorías clásicas de disturbios por hambre”.⁷ Es más, según Elliott, solo la aguda debilidad de la monarquía en esta coyuntura particular les daba importancia, aunque la variopinta personalidad del líder Masaniello llamó entonces la atención de toda Europa sobre los “extraños acontecimientos” de Nápoles.

De este modo, los sucesos napolitanos fueron revolución liquidados y, por lo tanto, excluidos del concepto de revolución porque no podían encajar en su esquema clásico, así como la rebelión portuguesa, considerada un movimiento secesionista, es decir, un golpe de Estado promovido por la élite aristocrática con una participación popular limitada, y con muy pocos efectos “revolucionarios”. La larga insurrección catalana y la Fronda son en cambio admitidas cautelosamente en el rango de revoluciones o al menos cuasi revoluciones, y más precisamente en el ambiguo estatus de “revoluciones nacionales con potencial para convertirse en revoluciones”.⁸

Solo dos acontecimientos, la Revolución Holandesa y la Revolución Inglesa, corresponden plenamente al concepto de revolución porque pertenecen, sí, a la categoría de las “grandes revoluciones nacionales”, acontecimientos con una alta tensión transformadora, y animados por una fuerte oposición religiosa. Además, se basan en una “base ideológica coherente, sólida y bien definida, un conjunto de creencias generalizadas que son profundamente antagónicas con el régimen existente o sus políticas, las figuras dominantes y el sistema de gobierno predominante”.⁹

Lo que llama la atención sobre este esquema interpretativo es especialmente el principio implícito que lo sustenta: una revolución es tal en la medida en que se aproxima a un modelo ideal preciso, que es entonces el de la Revolución Francesa, la matriz –como explicará François Furet– de las revoluciones del futuro, pero también un modelo y una norma para compren-

⁶ *Ibid.*, p. 13.

⁷ J.H. Elliott: “Revolts in the Spanish Monarchy”, en *ibid.*, pp. 110-11.

⁸ *Ibid.*, p. 9. Las ideas dominantes en estos acontecimientos eran en su mayoría conservadoras, es decir, estaban destinadas a restaurar un orden tradicional que se consideraba alterado o violado por prácticas vejatorias y arbitrarias, “pero la caracterización retrospectiva de estas ideas no impide que funcionen realmente como una ideología para la revuelta o la revolución, o que sirvan como un fulcro alternativo de lealtad” (p. 16).

⁹ *Ibid.*, p. 15.

der las revoluciones del pasado.¹⁰ El instrumento para la creación de ese nuevo orden político es el de la creación de una élite nueva y diferente, una élite revolucionaria: “Solo las revueltas de Sicilia y Nápoles, que se fragmentaron tan repentinamente como habían empezado, no tenían un liderazgo”.¹¹ Una nueva clase dominante, por lo tanto, capaz de producir un orden social sin precedentes, y, siempre implícitamente, una valorización de la unión revolucionaria como un punto de inflexión necesariamente progresivo, en cualquier caso positivo.

No hace falta decir que el trabajo de los historiadores de la “nueva historia política” ha consistido en las últimas décadas en gran medida en despojar a “las revoluciones anteriores a la Revolución” de lo que el esquema explicativo construido sobre la Revolución Francesa les ha superpuesto.¹² Y es casi innecesario decir que hoy en día ya no estamos convencidos, como lo estuvimos en su día, de que las revoluciones son el efecto de leyes inscritas en la historia y también dudamos que todas puedan inscribirse en el lado del bien, del progreso y de la felicidad colectiva. Más bien, ellas aparecen como enormes dramas que mezclan inextricablemente innovación y destrucción, utopía y tragedia, cimas de conquista civil y abismos de sufrimiento colectivo.

Luego hay un segundo e importante aspecto que, visto desde hoy, nos invita a pensar. La insistencia de esa época en las “condiciones previas”, es decir, en el contexto que precede y explica no solo el origen sino la esencia misma del conflicto revela la confianza que en ese momento se alimentaba del arraigo a largo plazo de las revoluciones, acontecimientos que se preparaban lentamente por una serie de causas estructurales y que por lo tanto se inscribían en lo profundo de la trama de la historia, constituyendo puntos de inflexión decisivos. Las revoluciones revelarían así las tensiones y los equilibrios cambiantes de una sociedad: por lo tanto, estudiando esas tensiones y equilibrios se podrían entender e incluso predecir (historiográficamente).

De ahí la característica típica de muchos estudios inspirados en la interpretación “social clásica”, la de analizar –más que los acontecimientos revolucionarios– los cambios económico-sociales de los decenios que los precedieron. A lo largo del llamado “siglo corto”, no fue raro encontrar obras que articulaban un discurso sobre la revolución basado en los acontecimientos de los cincuenta años anteriores. Es el caso de la investigación de Rosario Villari sobre los orígenes de la revuelta napolitana de Masaniello,

¹⁰ Por lo tanto, los acontecimientos observados se juzgan en función de su capacidad para producir la “sustitución de un nuevo orden político por el antiguo, y lo que es quizás más importante, en la afirmación de una nueva concepción del orden político y social”. *Ibid.*, p. 9.

¹¹ *Ibid.*, p. 14.

¹² Véase X. Gil Pujol: *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2006.

que no se ocupa de los acontecimientos insurreccionales sino de su preparación;¹³ y basta con echar un vistazo a la producción historiográfica sobre la revolución inglesa de la época para darse cuenta de cómo la discusión, a veces muy acalorada, tenía como marco cronológico de referencia el período comprendido entre la muerte de Isabel I Tudor (1603) y la convocatoria del llamado Parlamento Largo en 1640, en lugar de los verdaderos años “revolucionarios”, es decir, el período 1640-49.

Todo esto en nuestros días, ahora que la “caza de las causas” de la revolución ha dejado de ser un deporte practicado por los historiadores, parece obsoleto e, incluso, alienante. Algunos rasgos de larga duración, considerados todavía hoy de gran importancia (como los de la afirmación de los procesos de centralización, la expansión de la presión fiscal, el crecimiento del aparato militar) se ven hoy día en una nueva perspectiva que sitúa en el centro de atención, más que las causas económico-sociales, las cuestiones de la representación política, la legitimación de la autoridad, las formas de hegemonía y las modalidades de consenso.

Otra diferencia que es bastante fácil de detectar hoy día es la crisis de la convicción, típica de la *doxa* historiográfica de hace medio siglo, de que había básicamente, en los movimientos políticos de la temprana edad moderna, dos impulsos –de alguna manera separados o, al menos, distintos– de oposición a los regímenes impugnados: el primero, típico de las elites, gestado en la conspiración, y el segundo de protesta violenta, la “conmoción” típica de las masas populares. Dos impulsos diferentes, con distintos objetivos, metas y modalidades. De ahí esa oposición entre la conspiración de las élites y la rebeldía plebeya antes mencionada, y esa tipología de formas de oposición que básicamente ve a las primeras predominar en los acontecimientos llamados conspiraciones, o conjuras o cábalas, y a las segundas estar en el centro de los acontecimientos catalogados como sediciones, sublevaciones o disturbios. La revolución surgiría del encuentro bastante raro de estos dos componentes y, por supuesto, las revoluciones fallidas o inacabadas, o no realizadas, se derivarían de la disyunción fatal de las dos unidades. Una perspectiva de este tipo deja claramente abierta la controvertida cuestión de la autonomía de la acción popular y del clásico contraste entre conflicto político y conflicto social, aspectos sobre los que

¹³ R. Villari: *La rivolta antispannola a Napoli: le origini (1585-1647)*, Bari, Laterza 1967; Villari volvió muchas veces sobre el tema del conflicto político en la primera edad moderna: véase, al menos, la colección de ensayos *Politica barocca: inquietudini, mutamento, prudenza*, Roma-Bari, Laterza, 2010 y el volumen *Un sogno di libertà. Napoli nel declino di un impero 1585-1648*, Milán, Mondadori, 2012. Sobre este último texto véase el fórum en *Studi Storici*, 54/2 (2013), pp. 41-81, con intervenciones de J. Marino, G. Muto e A. Rao; también J.H. Elliott: “Reform and Revolution in the Early Modern Mezzogiorno”, en *Past and Present*, 224 (2014), pp. 283-94; G. Galasso e A. Musi: “Sulla rivolta napoletana del 1647-1648”, en *Nuova Rivista Storica*, 99/3 (2015), pp. 731-49.

es posible, como veremos, proponer hoy día puntos de vista muy diferentes de los que prevalecían en el pasado.¹⁴

En aquella época –y la diferencia con la sensibilidad actual es, en este punto, realmente muy marcada– existía una confianza clasificatoria que permitía definir con una presunta precisión científica algunos fenómenos sociales como si fueran fenómenos naturales, encerrados en fórmulas y definibles con características tipológicas precisas. Hoy parece por lo menos dudoso que las definiciones científicas “protejan” a los historiadores, por así decirlo, y los coloquen a una distancia segura de los hechos, al abrigo del debate que se desarrolla en el cerco del conflicto. El famoso intercambio de bromas entre Luis XVI y el duque de Liancourt, destinado a nombrar lo que ocurría en las plazas de París en 1789, debe ser meditado más que lo que ocurrió. No se trata, en efecto, de una apuesta visionaria por parte del duque –“Sire, es una revolución”– de una anticipación de lo que será, sino de la expresión de un conocimiento compartido, precisamente lo que permitía, a finales del siglo XVIII, distinguir un motín de una sedición, una conspiración de una revuelta y, por supuesto, de una revolución.

El hecho de que este conocimiento compartido existiera no significa, por supuesto, que todos estuvieran de acuerdo en el significado de lo que estaba sucediendo, sino todo lo contrario: este conocimiento fue utilizado de manera diferente por individuos y grupos para comprender y participar en los acontecimientos y tal vez para dirigirlos, dándoles un significado y orientando su comportamiento con respecto a lo que estaba sucediendo. Si, como se acostumbra a decir, la filosofía comienza su vuelo nocturno de Minerva solo al atardecer, cuando todo hegelianamente se cumple, la historiografía solo viene en segundo lugar, obligada a reanudar; cuando no a mirar, los discursos de los actores históricos forjados en la tormenta de los acontecimientos,¹⁵ discursos dotados de un carácter no tanto –y no solo– cognoscitivo, sino íntimamente “performativo”, es decir, productor de efectos concretos.

EL CASO DE NÁPOLES: LECTURAS OPUESTAS

Para verificar las posibilidades heurísticas que ofrece la reintroducción de la dialéctica política en la explicación del origen de las revoluciones de mediados del siglo XVII, puede ser útil tomar en consideración el caso de la revuelta napolitana de 1647-48, el episodio de conflicto más importante de la Italia del siglo XVII, sobre el que contamos con algunas recientes investigaciones.

¹⁴ He intentado desarrollar esta perspectiva en mi *Favoriti e ribelli. Stili della politica barocca*, Roma, Bulzoni, 2011.

¹⁵ Véase, en general, M. de Certeau: *L'écriture de l'histoire*, Paris, Gallimard, 1975.

Lo que llama la atención, al examinar en conjunto estas obras, no es solo la fidelidad sustancial a las hipótesis interpretativas elaboradas entre los años setenta y noventa del siglo xx, sino el carácter convergente y antitético de las visiones que proponen. Convergente porque los protagonistas del drama, los actores, son más o menos siempre los mismos, es decir, las macro-categorías sociales como la nobleza, la burguesía, la plebe. Antitético porque, según el papel que se atribuya a cada uno de estos actores, cambia el juicio básico, lo que es válido como balance de la historia y permite formular una propuesta de síntesis, orientada según el contraste clásico entre modernidad y atraso. Ahora bien, el problema es que la dialéctica política del antiguo régimen, en este caso, el ámbito napolitano del siglo xvii, no solo no se reduce a la confrontación entre clases y órdenes –y menos aún al choque o lucha de clases futura– sino que tampoco puede ser limitada a la dicotomía modernidad/atraso. Una clave de lectura, esta, que parece no solo impropia para juzgar los acontecimientos, sino tal vez incluso perjudicial para comprender realmente lo sucedido.

Para una cierta línea de interpretación, que une –aunque con matices diferentes– historiadores como Pier Luigi Rovito y Rosario Villari,¹⁶ la revuelta tiene una larga preparación política e intelectual, un proyecto reformista cuyos prolegómenos se remontarían tanto a la sublevación popular de 1585 como a los años de presencia en Nápoles del virrey, duque de Osuna, y al protagonismo que este dio a los sectores populares y a su representante más influyente, Giulio Genoino. Apoyándose en un trasfondo ideal asentado en Nápoles desde los tiempos de Tommaso Campanella y centrado en la valorización y defensa de la idea de la patria napolitana como bien común, la revuelta constituiría un intento de invertir la tendencia gubernamental a enajenar el patrimonio económico, político y moral del reino en beneficio de una nueva nobleza infiltrada en el aparato administrativo y proclive a aprovechar al máximo la tendencia a la *rifeudalizzazione*. Promocionada desde el principio por Giulio Genoino y el cardenal Filomarino, la revolución de Nápoles habría estado orientada a evitar que la llamada *Respubblica dei Togati*,¹⁷ una comunidad organizada por los hombres de ley y de las profesiones liberales, se convirtiera gradualmente en una *Respubblica dei Cavalieri*, una sociedad dirigida por la nobleza feudal. Aparentemente conducido por la furia popular, el levantamiento habría sido, para Rovito, al menos en la primera fase, cuidadosamente pilotado por los “mantos negros” y, de una manera más general por la burguesía urbana, “que siempre ha sido la columna vertebral del regimiento napolitano” y, de la cual, la clase de los

¹⁶ Me refiero a P.L. Rovito: *Il vicereame spagnolo di Napoli*, Arte Tipografica, Napoli 2003; y al último libro de R. Villari: *Un sogno di libertà ...*, cit.

¹⁷ Es el título del libro de P.L. Rovito: *Respubblica dei togati: giuristi e società nella Napoli del Seicento*, Napoli, Jovene, 1981.

togati eran la expresión más importante.¹⁸ Solo en una segunda fase, cuando el extremismo social de la plebe se unió al radicalismo político de los intelectuales republicanos, la revolución habría dado un giro diferente, convirtiéndose en el generoso intento de anular el equilibrio político-social del reino, con el consiguiente tránsito, según Villari, a una lealtad nacional nueva y más moderna, portadora de un ideal de ciudadanía inspirado en el republicanismo clásico y holandés, vetada de un “sueño de libertad”.

Dentro de otra línea de interpretación, opuesta a la anterior, y que uniría –aunque con diferentes matices– a Giuseppe Galasso y Aurelio Musi,¹⁹ la revolución de Nápoles debería ser considerada una revuelta improvisada y accidental, nacida de una confluencia fortuita de varios elementos, y sobre todo no preparada. Tanto la iglesia, en la persona del arzobispo, el cardenal Ascanio Filomarino, como la nobleza, habrían hecho todo lo posible para tratar de restaurar la armonía, pero en vano. En la secuencia de los acontecimientos, junto a la plebe, se unieron al frente popular tanto grupos de artesanos como de comerciantes, en un proceso que debe considerarse el reflejo de un “efecto de arrastre” de las clases más diversas dentro del vórtice creado por la inesperada acción popular iniciada el 7 de julio de 1647. A medida que se extendía «la turbia y cruda vitalidad de la revuelta», su liderazgo fue asumido por exponentes del ala radical, más claramente vinculados a las clases populares, esos plebeyos armados que terminaron marginando a los ciudadanos ricos.

De estas interpretaciones extremadamente polarizadas provienen juicios simétricamente opuestos sobre la “modernidad” de los acontecimientos. Según la primera visión, la revuelta coagularía lo mejor de las fuerzas burguesas e intelectuales, extendiéndose a las clases populares tradicionalmente marginadas, implicadas en una especie de guerra de liberación, lo que provocaría un estremecimiento de una modernidad, desgraciadamente derrotada.²⁰ Y viceversa: para la segunda, la revuelta se caracterizaría no solo por un grado considerable de desintegración política, sino también por esa misma fragmentación social que constituiría un rasgo típico de la sociedad napolitana, expresada en una variedad de grupos y dirigentes y en una heterogeneidad de fuerzas con una capacidad de agregación muy baja. Este

¹⁸ P.L. Rovito: *Il vicerego ... cit.*, p. 290.

¹⁹ G. Galasso: *Il Mezzogiorno spagnolo e austriaco*, Torino, UTET, 2006; A. Musi, *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, Napoli, Guida 1989, reeditado con un nuevo postfacio en 2002.

²⁰ Para Rovito, el elemento definitorio y unificador de los hechos napolitanos «è costituito, a nostro avviso, dal ruolo che vi ebbero le borghesie meridionali, in tutte le sue fasi, da Giulio Genoino al conte di Oñate. La loro fu quasi una “guerra di liberazione” tendente a caratterizzarne il ruolo al di fuori delle strutture cetuali tipiche del medioevo. Un sussulto di modernità, insomma, destinato a spegnersi sia per il carattere compromissorio del governo spagnolo che per eventi imponderabili». P.L. Rovito, *Il vicerego ... cit.*, p. 369.

conjunto heterogéneo de elementos diferentes no habría sido portador “de instancias particulares de modernidad o de una fuerte y precisa connotación económico-social que hubiera corroborado un protagonismo político efectivo en sus demandas y objetivos”.²¹ Una transformación significativa de las estructuras profundas del sur de Italia habría requerido una mayor consistencia y madurez de los fermentos innovadores y de las fuerzas que habrían tenido que proponerlos: es decir, una burguesía capaz de desempeñar, como en los países más avanzados, un papel autónomo entre el trono, la aristocracia y las demás fuerzas sociales. Precisamente por esta razón, “la sublevación puede considerarse razonablemente como un escalofrío, debido a la resistencia de las fuerzas históricamente en dificultad, más que al esfuerzo por establecer nuevos protagonistas históricos”.²²

Al citar estos juicios sintéticos y, por así decir, concluyentes, no queremos dejar de lado la contribución cognitiva de estas reconstrucciones. El problema es que la tendencia insistente que presentan en hacer de la dialéctica de las clases —y de los órdenes sociales— la única dimensión de la lucha política termina por aplastar a los actores sociales en identidades preestablecidas y uni-dimensionales, que no son capaces de dar cuenta de las opciones políticas concretas adoptadas por cada uno de ellos. En particular la tendencia interpretativa que pretende subrayar el carácter plebeyo del movimiento y que tiende a excluir la participación de otros grupos en su preparación, acaba postulando como hecho original y asumiendo una orientación popular “decididamente antinobiliaria, contra los comerciantes, oficiales y otros especuladores y nada antihispana”;²³ y en consecuencia se inclina a considerar equivocada la actitud del virrey de Arcos, muy preocupado por una posible unión de los nobles y del pueblo. Los nobles y el clero, al estallar la revuelta, son descritos como exclusivamente comprometidos en aplacar las almas;²⁴ y viceversa, una vez recuperado el control de la ciudad,

²¹ G. Galasso, *Il Mezzogiorno ... cit.*, p. 359.

²² Es obvio, dadas estas premisas, que también sigue una interpretación opuesta del fin de la revolución napolitana, con Rovito, que describe la entrada de los españoles en Nápoles como una obra orquestada por el abogado y *leader* Vincenzo D’Andrea, y la restauración como una modificación en un sentido avanzado. de la arquitectura constitucional del reino, que incluso lo ubica “ben oltre i precari equilibri della Respublica dei togati” (*Ibid.*, p. 363); y, en esta perspectiva, menciona en detalle el número de posiciones de prestigio ofrecidas a los miembros del grupo de liderazgo de la revolución. Mientras que Galasso, que se detiene en la decisión de Oñate de atacar a la gente en el área del Gesù, describe la acción posterior de la que él describe, como uno de los grandes estadistas del absolutismo europeo, como dirigida a “distruggere pressoché completamente la classe dirigente popolare che era maturata nel decennio precedente” (G. Galasso, *Il Mezzogiorno ... cit.*, p. 554).

²³ Así Galasso; pero sobre el antispañolismo, véase el volumen supervisado por A. Musi: *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*, Milano, Guerini 2003.

²⁴ En el caso de Filomarino, Galasso argumenta que su comportamiento desmiente las posteriores insinuaciones sobre su participación en la promoción y preparación de la revuelta.

en hacerse pasar por partidarios de la política española de represión mediante una justa distribución de la severidad monárquica: una disciplina impuesta, casi de la misma manera, a rebeldes y leales. Mientras que, de hecho, la nobleza napolitana de la época la calificó, por el contrario, como una verdadera persecución, según lo atestigua un agudo observador, Innocenzo Fuidoro.²⁵

El libro de Alain Hugon²⁶ escapa a estas lecturas polarizadas del relato napolitano, y, en lugar de proponer un relato de la revuelta, intenta un enfoque diferente, el de “dar la vuelta” a los acontecimientos, mostrando sus múltiples caras y aspectos: desde la metamorfosis de la revuelta hasta la composición múltiple e incluso cosmopolita del espacio urbano, desde la lucha propagandística para imponer un sentido a los eventos, hasta la producción historiográfica e iconográfica y el mito permanente del héroe Masaniello (sobre quien ahora disponemos de la reconstrucción biográfica de Silvana D’Alessio).²⁷ Además, frente a una lectura, en cierto sentido, arqueológica, que valoriza los aspectos diacrónicos, genealógicos y evolutivos, Hugon propone una mirada sincrónica, capaz de captar la sensibilidad contemporánea y, por así decirlo, el *Zeitgeist*, el espíritu de la época. Por lo tanto, en lugar de las antiguas raíces y causas a medio y largo plazo, se privilegian las vicisitudes de una época perturbada por males comunes en una

Es juzgado, de nuevo, de forma diferente, no solo como el agente de los Médicis –incluso convirtiéndolo en el principal autor de estos levantamientos– sino también por varios exponentes de la dirección española, unánimemente convencidos de la culpabilidad del cardenal, pero obligados por razones de *realpolitik* a ceder. Finalmente, parece inexplicable, si se sigue la línea de razonamiento de Galasso, la represión llevada a cabo por Oñate contra una nobleza antes descrita como esencialmente leal. Es cierto que Galasso escribe de un gobernante exigente y poco indulgente en sus orientaciones respecto a la nobleza –incluida la feudal– pero la atención del lector es llevada por un lado a apreciar una política gubernamental autoritaria, activista y decisiva, que manifestó fuertemente la conciencia imperial española y, por otro, a describir la gran represión llevada a cabo como “una serie ininterrumpida de sentencias de muerte” con las que “decenas y decenas de oscuros personajes y líderes fueron llevados a la horca o patíbulo” (G. Galasso, *Il Mezzogiorno ...* cit., p. 536). De Filomarino hay ahora una cuidadosa reconstrucción biográfica: G. Mrozek Elyszczynski: *Ascanio Filomarino. Nobilità, Chiesa e potere nell’Italia del Seicento*, Roma, Viella, 2017 que muestra cómo la actitud del cardenal fue mucho más compleja y oscura. También de Mrozek, véase “Le responsabilità della rivolta. Le accuse del voceré Oñate e le risposte del Cardinale Filomarino (1648-1653)”, en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 1 (2017), pp. 119-152.

²⁵ El manuscrito del texto de I. Fuidoro: *Successi storici raccolti dalla sollevazione di Napoli del 1647*, ha sido publicado por A.M. Giraldi e M. Raffaelli, Milano, Franco Angeli 1994. La referencia corresponde a los juicios ofrecidos por Fuidoro en su *Successi del governo del conte d’Onate: 1648-1653*, texto editado por A. Parente, Napoli, Lubrano, 1932. Sobre el conde de Oñate, véase A. Minguito: *Napoles y el virrey conde de Oñate: la estrategia del poder y el resurgir del reino (1648-53)*, Madrid, Silex, 2011.

²⁶ A. Hugon: *Naples insurgée: 1647-48. De l’événement à la mémoire*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes 2011.

²⁷ S. d’Alessio: *Masaniello: la sua vita e il mito en Europa*, Roma, Salerno, 2007.

investigación abierta a la comparación, atraída por la dimensión conmemorativa que asumen los acontecimientos.

Hay, sin duda, en esta elección desconfianza, y, tal vez incluso, incomodidad hacia las “grandes narraciones”: las historias impersonales que explican lo ocurrido a través de una trama de concatenaciones, un tejido que tranquiliza y racionaliza los acontecimientos y, racionalizándolos, los “normaliza”. Sin embargo, uno podría preguntarse si la elección de Hugon, tan representativa de ciertas tendencias historiográficas de hoy en día, es realmente la única viable. Si el abandono de una “gran narrativa” orientada teleológicamente –con sus corolarios de evaluación y las preguntas inevitables sobre el sentido progresivo o reaccionario de los acontecimientos pasados– debe dejarnos solo fragmentos de una historia irremediadamente *en miettes*, marcada por una especie de aplastamiento puntillista. Si, en definitiva, es imposible una nueva forma de narrar los acontecimientos, capaz de salir del cuello de botella de una historiografía centrada en el desarrollo nacional, pero al mismo tiempo de ofrecer un sentido general a los acontecimientos ocurridos.

Por supuesto, es necesario reconstruir desde cero la agenda y sus preguntas. En particular, el punto esencial que hay que explicar podría formularse de la siguiente manera: ¿por qué esta revuelta/revolución napolitana se manifestó en cierto punto en la forma específica de una insurrección dirigida por el pueblo menudo, con la nobleza confinada a posiciones leales? Es decir, ¿por qué tomó la forma de una guerra civil caracterizada por una división horizontal del cuerpo social, en lugar de la división vertical más tradicional, que se manifestó en Portugal, Cataluña y también en Francia?

Para responder a estas preguntas hemos utilizado aquí la correspondencia y los documentos personales del duque de Arcos, una documentación que se encuentra en el archivo de Medina Sidonia, en Sanlúcar de Barrameda, y que nunca antes había sido analizada. Estos documentos permiten una nueva mirada al contexto en el que nació la llamada “revuelta de Masaniello”, la primera fase de lo que se ha llamado la “revolución de Nápoles”. Ahí están, en esas primeras semanas de agitación, las razones de un acontecimiento extraordinario que golpeará la imaginación de todo el continente europeo.

EL GUIÓN CATALÁN

Para esbozar una respuesta es indispensable comenzar con algunas consideraciones preliminares. En primer lugar, quien hubiera querido prever, en 1646, una posible convulsión napolitana, habría tenido en cuenta los casos de Cataluña y Portugal, alzamientos que a los ojos de la clase dirigente castellana eran heridas abiertas. Además, nadie dudaba que la mezcla de elementos que desencadenaron la revuelta catalana, ese cóctel fatal compuesto

de irritación ante la excesiva presión fiscal, sufrimiento por las malas cosechas, creciente desencanto hacia el poder español junto con la defensa de los privilegios locales y la aversión por el absolutismo ministerial y sus rapaces representantes, seguía activo y operativo. Por otra parte, la aristocracia napolitana tenía antiguas tradiciones profrancesas y disfrutaba de una arraigada, y a veces merecida, sospecha de escasa lealtad hacia la Corona.

Ante las crecientes protestas de las clases dirigidas de Nápoles y compartiendo su convicción de que el reino no podía soportar impuestos adicionales, el virrey Almirante de Castilla había pedido ser sustituido.²⁸ En esta elección había pesado también la necesidad de que él, miembro principal del frente de oposición que impulsó la caída de Olivares, se acercara a la Corte. Si por un lado la expulsión del valido había propiciado, de hecho, un nuevo protagonismo gubernamental por parte de Felipe IV, por otro, sin embargo, no había producido una completa alteración del equilibrio político en la cumbre de la monarquía. La representación aristocrática centrada en el eje de las familias Guzmán-Haro seguía siendo hegemónica, aunque no fuera predominante como antes, y la influencia de Luis Méndez de Haro, sobrino del conde-duque, había aumentado considerablemente.²⁹

Por lo tanto, el duque de Arcos llegó a Nápoles, el 11 de febrero de 1646, en un momento especialmente difícil. Pronto se dio cuenta de que había un frente, entre los nobles, que eran hostiles al saqueo sistemático al que el reino había sido sometido y que estaban lejos de ser indiferentes a los cantos de sirena de los franceses.³⁰ La situación de guerra y la presión ejercida por los franceses sobre el *Stato dei Presidi* (el enclave español en el promontorio del Argentario en la Toscana, situado en Orbetello) impidió efectivamente cualquier alivio de la presión fiscal. Además, a pesar de que la intervención napolitana en apoyo de Orbetello había permitido hacer frente al ataque dirigido por Tommaso di Savoia (mayo-junio de 1646),³¹ unos meses más tarde la flota francesa pudo desembarcar suficientes tropas para tomar Portolongone (29 de septiembre de 1646).³²

²⁸ Sobre la experiencia del almirante como virrey de Sicilia, antes de llegar a Nápoles; véase mi “Il dilemma della fedeltà. L’Almirante di Castiglia e il governo della Sicilia”, en *Trimestre*, XXXV/1 (2002), pp. 81-102.

²⁹ Sobre Haro véase ahora R. Valladares (ed.): *El mundo de un valido. Don Luis de Haro y Guzmán y su entorno, 1643-1661*, Madrid, Marcial Pons, 2016; A. Malcolm: *Royal Favoritism and the Governing Elite of the Spanish Monarchy, 1640-1665*, Oxford, Oxford University Press, 2017; y la reseña de G. Mrozek Eliszczewski: “Ripensare il valimento. Don Luis de Haro nella più recente storiografia”, en *Storica*, 67-68 (2017), pp. 171-192.

³⁰ Archivo General de Simancas, Estado, leg. 3272, *Toma de posesión del nuevo virrey duque de Arcos: situación en que encuentra el Reyno*.

³¹ G. Carignani: “Tentativi di Tommaso di Savoia di impadronirsi del Regno di Napoli”, en *Archivio Storico per le Province Napoletane*, VI (1881), pp. 663-731.

³² Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, *Arcos*, leg. 157.

Arcos temía que la presencia de la armada francesa en el Mar Tirreno pudiera ser en sí misma un preludio de un ataque al Reino de Nápoles. Por lo tanto, se hizo crucial defender la fortaleza de Orbetello. Además de esto estaba la continua petición de que se enviaran sumas a Milán para el ejército estacionado allí. Al virrey, que insistía en “la falta de medios con que se halla este Reyno, los socorros de gastos que teneys, y quan difícil sea asistir a Milán hasta les embarazar la potencia de franceses”, Felipe IV respondía que “os he avisado en diferentes ocasiones (que), en la defensa de Milán, consiste la de ese Reino”.³³

Para ello, el virrey se vio obligado a imponer una contribución equivalente a un millón de ducados al reino. Para recaudar tal suma tuvo que reintroducir, a pesar de una fuerte oposición, una *gabella* (impuesto) sobre los frutos que entraban en la ciudad, el mismo tributo profundamente impopular que había sido abolido por el virrey duque de Osuna 30 años antes. Cuando se proclamó el impuesto, el 26 de diciembre de 1646, una multitud furiosa rodeó el carruaje del virrey que se dirigía a la iglesia del Carmine y consiguió la suspensión del impuesto. Sin embargo, el intento de encontrar otras fuentes de ingresos para compensar la *gabella* quedó en nada debido a la resistencia organizada por los arrendadores. Inevitablemente, el tributo sobre los frutos tuvo que ser reintroducido.³⁴

En la primavera de 1647, los temores ante una posible intervención francesa se combinaron con noticias inquietantes sobre la seguridad interna y sospechas acerca de la fidelidad de la nobleza.³⁵ No se trataba solo de una cuestión de tradiciones, sino también de conexiones personales y grupales recientes y aplaudidas, como lo demuestran las conspiraciones ocurridas, primero de Giovanni Orefice, príncipe de Sanza, y luego de un puñado de aristócratas –entre ellos Pompeo Colonna, Luigi Poderico y Giuseppe Carafa– relacionados con el teatino Padre Paolucci, arrestado y ejecutado rápidamente.³⁶ Se descubrió que, en conexión con la incursión de los Saboya, una red conspirativa profrancesa había comenzado a operar en todo el reino. Algunos nobles y magistrados, así como varios sacerdotes teatinos, estaban involucrados.

Un documento particular que fomentaba explícitamente la atmósfera de desconfianza política mutua entre el nuevo virrey y la nobleza del reino era el expediente titulado *Cavalleros imperiosos y de mala vida*, que contenía

³³ Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, *Arcos*, leg. 232, cartas del 11 de diciembre 1646 y de 22 de mayo de 1647.

³⁴ R. Villari: *La rivolta ...* cit., p. 198.

³⁵ Arcos debería ser nombrado gobernador de Milán pero la erupción de la revuelta cambió esta decisión: véase el despacho de Felipe IV desde Madrid del 1 de abril de 1647, en Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, *Arcos*, leg. 1292.

³⁶ F. Andreu: “I Teatini e la rivoluzione nel regno di Napoli”, en *Regnum Dei*, XXX (1974), pp. 221-396.

una denuncia abierta de las fechorías de un grupo de nobles cuya lealtad a la corona parecía dudosa.³⁷ Las acusaciones contenidas eran de tipo criminal, pero en realidad fijaban gran parte de su atención sobre nobles sospechosos de deslealtad. El virrey Arcos probablemente sabía de la existencia de un grupo de disidentes que se reunían en la casa del cardenal Filomarino, entre ellos el duque de Terranova, el conde de Conversano y su cuñado, Francesco Filomarino, príncipe de Rocca d'Aspide. Ciertamente también conocía las actividades de Giulio Genoino que “iba encendiendo las cabezas”. Pero lo que ciertamente le preocupaba más era la posibilidad de que la vasta y poderosa familia Carafa eligiera abiertamente la opción profrancesa. Todos en Nápoles conocían el segundo matrimonio de Ramiro Felipe Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres, virrey de Nápoles y yerno del Conde-Duque, con Anna Carafa, heredera de la rama principal de la casa; y también la aversión a este matrimonio que se había manifestado en el seno de la familia y las consecuencias económicas y simbólicas que esa resistencia había acarreado sobre su orientación política. Además, todo el mundo conocía tanto el poder de los Carafa derivado de la presencia como virrey de Nápoles de Medina de las Torres en 1637-44, cuanto el distanciamiento político debido a la pérdida (temporal) de favor de este último tras la caída de su suegro en 1643. Divisiones violentas dentro de la familia siguieron a esos eventos: la turbulenta rama de los Carafa de Maddaloni cayó bajo la atenta mirada del gobierno, sospechosa de traición.

Dos miembros de este tronco de la familia eran particularmente temidos. De Giuseppe Carafa, conocido como Peppe, se sabía su participación en la mencionada conspiración de Paolucci. Arrestado, había conseguido escapar de la prisión. Diomede Carafa, su hermano y príncipe de Maddaloni, jefe de la familia, uno de los nobles más prominentes del reino, fue arrestado e investigado como supuesto instigador del incendio del buque insignia de la flota real en el puerto de Nápoles.³⁸

³⁷ Un nombre que destaca es el de don Ferrante Caracciolo, quien, a pesar de ser un pobre caballero, se había enriquecido ilícitamente, sobre todo en los Abruzos, donde sus *banditi*, habían cometido diversos actos delictivos, entre ellos ayudar a escapar a algunos prisioneros de las cárceles de las Asambleas Provinciales. Entonces estaba involucrado en arrendamientos públicos, contratos de recaudación de impuestos, y, por medios ilícitos, había llegado a dominar el mercado. Similar es la descripción de la conducta de Ettore Minutolo, que acogía a personas “de mala vida” en su casa, y del príncipe de Montesarchio, que había contratado gavillas enteras de bandidos. En los días anteriores al informe, se señala que el capitán Cevallos había sido enviado allí para restablecer el orden y había sido obligado a volver al lugar de donde había venido por una banda de 40 hombres. El prior de La Roccella, caballero de Malta, estaba, como otros compañeros caballeros, implicado en el contrabando y en otros actos criminales, como coaccionar a un alguacil para que entregara a algunos hombres detenidos. El almirante de Castilla no había iniciado acciones legales contra este caballero, aunque, como se señala en el informe, era consciente de estos hechos. Archivo General de la Fundación Casa de Medina Sidonia, Arcos, leg. 232.

³⁸ *Ibid.*, pp. 211-214.

En el ya citado informe sobre los *Cavalleros de mala vida*, al duque de Maddaloni y a su hermano, don Giuseppe Carafa, se le presta especial atención. Maddaloni, queda anotado, no solo protegía un gran número de *banditi*; también, al igual que su hermano —que había sido encarcelado y luego indultado— estaba involucrado en graves delitos, como amparar a asesinos, causar graves daños corporales y amenazar a funcionarios públicos a los que intimidaba con el uso de la violencia.

En mayo de 1647 llegaron noticias de una serie de levantamientos populares en Palermo que, junto con los dramáticos signos de descontento de la plebe napolitana y la profunda decepción de los círculos de juristas, crearon un cuadro alarmante. También es posible que el virrey se hubiera enterado del rumor que circulaba en la ciudad de que ciertos grupos de personas planeaban organizar una manifestación contra la *gabella della frutta* el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, el 16 de julio de 1647; y no es improbable que la difusión de la noticia haya sido el motivo que impulsó a los organizadores a anticipar su actuación, dando lugar al motín del 7 de julio.

Si una “vía portuguesa” a la revolución napolitana era evidentemente impracticable, ya que las divisiones existentes entre la nobleza, enraizadas en antiguas diferencias, hacían prácticamente imposible un pronunciamiento aristocrático unitario o mayoritario, solo quedaba la “vía catalana” (insurrección popular, asunción del gobierno por el patriciado, tácticas de ocultación hacia los españoles y, a la llegada del ejército regio, petición de auxilio a los franceses). Se intentó.

Ahora bien, no cabe duda de que muchas posibles tramas no producen una revuelta, pero es igualmente cierto que esta concatenación —probablemente parcial con respecto a las informaciones que llegaron al conocimiento de Arcos— hace más comprensibles los movimientos del virrey, que no parecen inspirados, como se lee a menudo, por una subestimación inicial de la situación, seguida de una completa desorientación, sino por un gran y comprensible temor: que la manifestación de niños y mujeres en la calle fuese solo la primera página de un guión ya escrito, que cualquiera, en Nápoles en 1647, podía entender muy bien. Una violenta represión de un motín popular habría llevado a la entrada en el campo de los hombres, transformando así el motín en una revuelta armada. A su vez, la revuelta podría haber ofrecido un campo abierto a la acción subversiva de la nobleza disidente que mantenía relaciones clientelares muy fuertes con los gremios de artesanos, y a la posible entrada en la ciudad de hombres de armas contratados en los feudos de los señores implicados.

En Barcelona, siete años antes, el virrey Santa Coloma había reaccionado duramente a la primera manifestación de los *segadors*, pero el efecto de esta decisión había sido trágicamente contraproducente, y no solo para el destino personal del virrey, que fue linchado. Hombres experimentados como el duque de Arcos sabían muy bien cómo, detrás de los movimientos del pue-

blo de Barcelona, se había manifestado una trama mucho más insidiosa, dirigida de manera oculta por los hombres de la *Generalitat* y del municipio de Barcelona, que luego había llevado al país a la secesión.

El 7 de julio de 1647, una multitud de manifestantes compuesta por mujeres y niños invadió las oficinas donde se recaudaba los impuestos y luego, pidiendo a gritos su abolición, marcharon a la plaza real. El virrey, temiendo que el uso de la fuerza pudiera desencadenar una verdadera revuelta frente a las represalias, como la revuelta de Barcelona de junio de 1640, optó por dejar que la manifestación continuara. La adopción por parte del virrey de Nápoles de “medios suaves” y la secuencia de movimientos implementados debe interpretarse, por tanto, a la luz de la convicción no peregrina de que un sector de la nobleza napolitana estaba preparando un golpe de estado subversivo, con el probable encubrimiento francés. En esta coyuntura, la turba hostil venció la resistencia pasiva de los guardias, invadió el palacio y obligó al virrey a huir. Primero se escapó a un convento vecino, y luego, se dirigió a Castel Sant’Elmo y finalmente a Castelnuovo, ambos establecimientos militares fortificados defendidos por la infantería española.³⁹

Las preocupaciones del virrey no estaban en absoluto injustificadas, si se repara en que, de los tres reconocidos líderes de los insurgentes, uno era un hombre al servicio directo de Maddaloni –Miccaro o Domenico Perrone, llamado *l’abate* por el hábito secular que llevaba como protección frente a la justicia ordinaria– otro, Giovan Battista Palumbo, era un *uomo di mano* también unido a los Carafa por conocidas “relaciones criminales”. Ambos capitanes del pueblo son definidos a menudo, en las fuentes, como *capibanditi* o jefes de bandidos. Las dos calificaciones no están evidentemente interrelacionadas: la participación en la milicia popular, creada en 1640, no los convierte en líderes de bandidos, una definición estigmatizante que se dirigía a los enemigos que eran capaces de dirigir una tropa armada. Los testimonios coinciden en sostener que, en los primeros días de la revuelta, habían entrado en la ciudad unos cientos de hombres armados empleados por los Carafa. Parece probable que, en realidad, ya estuvieran en Nápoles, listos para la acción o, en todo caso, si se les había traído en esa ocasión, estuvieran preparados para cualquier eventualidad desde hacía algún tiempo.

El tercero de los líderes que surgió durante el motín del 7 de julio, Tommaso Aniello, conocido como *Masaniello*, no era, sin embargo, homologable a los otros dos. Joven pescador, oscuro y pobre, había tenido relaciones con Genoino e, indirectamente, con el cardenal Filomarino. Su posición política era diferente, por lo tanto, como fue claro después del choque dentro del movimiento insurreccional, donde se produjo un conflicto abierto entre él y los Carafa.

³⁹ A. Musi: *La rivolta di Masaniello* ..., pp. 114-19.

Sobre las razones de este conflicto, una hipótesis de explicación, ya avanzada,⁴⁰ apunta hacia el deseo convergente del cardenal Filomarino y del virrey de desenmascarar la supuesta trama de Maddaloni. Filomarino sostenía una hostilidad personal contra los Carafa, que habían públicamente despreciado la nobleza de su familia: una animadversión que había culminado en 1646, cuando don Giuseppe “Peppe” Carafa, había pateado al cardenal durante una procesión. Arcos, por su parte, convencido de que una conspiración estaba detrás de la agitación popular, decidió liberar al duque de Maddaloni de la prisión y aceptó su ofrecimiento de negociar con los alborotadores, que habían elegido el convento del Carmine, en frente de la plaza del mercado, como base. Hay que subrayar que enviar a Maddaloni a tratar con los insurgentes, trayéndoles, como le pedían, un privilegio —el mítico privilegio de Carlos V que garantizaba las exenciones de impuestos de la ciudad— era para el virrey una manera de probar la muy dudosa lealtad del Carafa. Pero hay más. Hacer saber a la multitud, al mismo tiempo, a través de la red familiar de Filomarino, que el privilegio traído por Maddaloni era falso, implicaba mucho más que comprobar la lealtad de Maddaloni: era un intento —como dicen las fuentes— de “perderlo”, de usar la influencia que tenía para calmar a la turba o para obligarle a desenmascararse como traidor.

La maquiavélica estratagema del virrey tuvo éxito. La llegada de Maddaloni a la Piazza del Carmine provocó un enfrentamiento entre el duque, que tenía un buen número de seguidores entre los alborotadores, y los que habían asumido el liderazgo de la revuelta, es decir, un grupo entre el cual estaban Giulio Genoino,⁴¹ algunos abogados y Masaniello, que había dirigido el motín popular. Tras el intento de Maddaloni de matar a Masaniello, que fracasó fortuitamente, este último, que había asumido el papel de líder indiscutible del pueblo, desató un ataque contra los *banditi* de Maddaloni que se habían infiltrado en las filas de los rebeldes. Fueron asesinados en masa. El propio Maddaloni apenas pudo salir de esta difícil situación, pero su hermano fue asesinado; un giro de acontecimientos tan inesperado abrió una brecha nunca vista entre el pueblo y los nobles.

En sustancia, en lugar de considerar la tumultuosa reunión de la plebe napolitana como un frente compacto y cohesivo, debería examinarse más bien como el ámbito de una compartida retórica de oposición al gobierno, pero en el que se enfrentaron diferentes grupos y se dirimieron diversas opciones, desde la demanda de reformas hasta la secesión del reino, hipótesis que los acontecimientos de los meses siguientes pondrán de manifiesto.

⁴⁰ F. Benigno: *Espejos de la revolución ... cit.*, pp. 170-78.

⁴¹ Sobre la figura de Genoino, véase M. Schipa: *Masaniello*, Bari, Laterza, 1925.

EL PROCESO DE RADICALIZACIÓN

A pesar de la espiral de los acontecimientos, el curso de las acciones adoptadas por Arcos, consciente de la desgraciada suerte de Cataluña, iba a continuar con el uso de medios moderados y de negociaciones. Así pues, no solo se concedió al pueblo la abolición del impuesto sobre los frutos, sino también la exención de todos los gravámenes que se habían ido acumulando desde la época de Carlos V. A pesar de los excesos que solían marcar las revueltas populares –como la apertura de cárceles y la quema de las casas de los financieros y arrendatarios implicados en el sistema fiscal– la estrategia conciliadora del virrey, por encima de todo, intentó impedir que la revuelta degenerara en una rebelión abierta.

A espaldas de Masaniello, Genoino y el representante del pueblo, Arpaja, intentaron negociar un compromiso con el virrey.⁴² El 13 de julio, Arcos juró solemnemente respetar las cláusulas que suprimían todos los impuestos desde el reinado de Carlos V. Pocos días después, algunos hombres armados, con la connivencia del virrey y de Genoino, mataron a Masaniello.

Arcos decidió a este punto cambiar de rumbo. Había conseguido enfrenar al pueblo y a los nobles según la técnica tradicional del *divide et impera*. Consideró que con la eliminación de Masaniello, la revuelta había sido decapitada y que ahora sería posible hacer una demostración de fuerza. Aumentó el precio de la barra de pan, que se había visto obligado a rebajar durante los disturbios, creando así un enorme agujero en los ingresos municipales.⁴³ Sin embargo, esta medida resultó ser desafortunada, ya que desató un nuevo levantamiento y produjo posiciones ideológicas más radicales entre el pueblo, todo lo cual dificultó enormemente la continuación de las negociaciones.

Lo que es importante es que había en el frente popular una aguda conciencia de la enormidad de lo acontecido, y de su punto crucial: la división entre el *popolo* y los nobles. Es conocida la *Lettera di un Napolitano scritta di Roma ad un suo amico a Napoli*, un texto impreso con la fecha 15 de agosto de 1647, en que se delinea una elección radical.

⁴² Arpaja era nieto de Genoino; véase G. Coniglio: *Il vicereame di Napoli nel secolo XVII: notizie sulla vita commerciale e finanziaria secondo nuove ricerche negli archivi italiani e spagnoli*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1955, p. 293.

⁴³ En este contexto, Genoino fue expulsado del frente popular y pidió protección al virrey, que lo arrestó y lo envió a Cerdeña. Genoino intentó sin éxito de ser recibido por el rey. Archivo General de Simancas, *Secretarías provinciales, Nápoles*, leg. 218 (17 de septiembre de 1647). En el mismo *legajo* hay otros fragmentos de la correspondencia entre Arcos y Luis Guillem de Montcada, duque de Montalto y virrey de Cerdeña, sobre este caso. Sobre la figura de Montalto véase R. Pilo: *Luigi Guglielmo Moncada e il governo della Sicilia 1635-1639*, Caltanissetta, Sciascia, 2008; L. Scalisi: “In omnibus ego. Luigi Guglielmo Moncada (1614-1672)”, en *Rivista Storica Italiana*, 120/2 (2008), pp. 503-568.

Nuestros cerebros están demasiado calientes, y demasiado vivos, para poder establecer y mantener una igualdad de república entre nosotros, tanto más cuanto que tenemos en nuestras entrañas a la nobleza siempre poco amante del pueblo; o bien debemos expulsarla con una larga guerra, o excluirla con una enemistad peligrosa, o admitirla con celos perpetuos.

Necesitamos una autoridad suprema, poderosa y desafectada para gobernar y acabar para siempre con las diferencias que tenemos con la nobleza. No os dejéis cegar por el odio y por los resentimientos que tengáis contra ella. Esta desunión siempre nos hará despreciar a los que nos gobernaron, y nos expondrá a sus insultos. No se necesita mucho para hacer la medida correcta de este equilibrio. Tan pronto como un lado se levanta, el otro vuelve a su deber. No creas que los nobles están más satisfechos que nosotros con el gobierno español, y están menos dispuestos a deshacerse de él. Todavía vivían en igual servidumbre, pero con la única diferencia de que, mientras ellos estaban oprimidos, tenían esta única libertad para oprimirnos a nosotros mismos. Ha fomentado siempre el Consejo de España esta enemistad para tiranizar nuestra destrucción.⁴⁴

El texto incitaba a la unión del pueblo con los nobles, y como “no tenemos en nuestras filas un príncipe de antiguo linaje para hacerlo rey” sería mejor pedir al rey de Francia que enviara a Nápoles uno de los suyos (se citan los príncipes de Anjou, Orléans y Condé). Por una parte de los rebeldes la perspectiva viable siguió siendo el del anterior ejemplo catalán: expulsar a los españoles con la ayuda de los franceses.

Durante dos meses, Nápoles permaneció en manos de los rebeldes, mientras el virrey jugaba con el tiempo, esperando la llegada de la flota española, dirigida por Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV. Entre tanto, las divergencias políticas dentro del partido popular llevaron a una acusación de traición contra Francesco Toraldo, príncipe de Massa, un noble de orientación moderada, elegido jefe militar, que fue acusado de traición y ejecutado.

Este asesinato revela las profundas divisiones surgidas entre los rebeldes. En los documentos de Arcos se encuentra una colección de proclamas emitidas por el lado popular, así como papeles y carteles, anónimos y generalmente sin fecha, incautados a los rebeldes de la ciudad. En uno de los carteles que circulaban por Nápoles a principios de septiembre, el escritor anónimo, exponente del ala radical opuesta a las negociaciones, reprendía al pueblo por estar tan “cegado” que había pasado de ser un *leone* (león) a un *coglione* (tonto, imbécil).⁴⁵ El ataque era directo contra los interlocutores populares del virrey y “los ensalzados y recompensados por el virrey”: es decir, el príncipe de Massa, el representante electo del pueblo, Francesco Antonio Arpaja –que en el cartel se le llamaba en broma Arpía– y otros partidarios de la “facción pronegociación”.⁴⁶ Otro cartel advertía que no se

⁴⁴ Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, *Arcos*, leg. 232.

⁴⁵ Véase *Ibid.*, *Montalto*, leg. 157.

⁴⁶ El texto, que expresa bien la posición intransigente de una parte de los populares en la primera semana de septiembre 1647, merece ser reproducido: “Da questi che dal viceré sono

debía confiar en los franceses,⁴⁷ y otro instaba a la gente a exigir pan barato y a desconfiar de las garantías de Arcos, el “sinvergüenza bizco”.

En otras palabras, en el siglo XVII descubrimos una sombría historia compuesta de autorizaciones implícitas o explícitas que se propagan desde el corazón del sistema de toma de decisiones e impregnan todo el cuerpo político. Que el ejemplo catalán indujo reflexiones graves en Nápoles –y no solo– se percibe, entre otras cosas, en un pasaje del documento que tres consejeros de estado, el príncipe de Cellamare, el marqués de Oliveto y el duque de Sasso, entregaron a Melchor de Borja para que lo hiciera llegar a don Juan José de Austria el 2 de octubre de 1647, es decir, casi tres meses después de los acontecimientos del 7 de julio. En él se desaconsejaba el uso de la fuerza por lo cara que se había pagado la línea de dureza en Barcelona: “que era conforme a la antigua escuela del Conde Duque, que quería perder las Provincias y luego conquistarlas; y así unir las, y con ciudadelas dominar con fuerza las almas de los pueblos. La experiencia ha demostrado lo cierto que es, como dice Barzelona, que más de una vez se puede estimar que se han arrepentido aquellos ministros, que para aplaudir su voto y gusto concurrieron a aquellas manifestaciones, y la reubicación de los catalanes, que luego obligados por la desesperación provocaron una guerra tan cruel que con tanto peligro, *etiam* de los otros reinos de S. M., no puede ser ganado, y ha costado tantos tesoros y personas, sin que al presente podemos esperar ver el final”.⁴⁸

esaltati e premiati e chi son questi dite con brevità? quel principe di Massa che mal per te facesti per tuo capo; quel eletto non Arpaja, ma ben si arpia, che si tene nel suo ventre, si delli inganni non ti accorgi te ridurreà a sterco puzzolente; quel capitano Palummo, quel Politi, quel protomedico Maiello, quel Marco di Laurenzio e Panarella, che sono monarca, imperatore, re dei traditori, quel Accetto e sua cometiva, Morvillo e Fatterusi, capitano Battemiello e tanti che si aprì gli occhi ben lo sai. Popolo mio già sei ferito a morte con questi tradituri ma ti puoi sanar se tu vuoi e come? Leva questi tradituri e con il viceré non te intricare mò che questi tradituri lo han fatto ben fortificare; stevi a cavallo e mo' stai en piede habbi patientia mo' che ti hai fatto gabbare, le trencere non devevi levare, li cannoni non devevi da Santa Lucia fare calare, fino che la conferma non venia; da questo nesce tu ruina; quel capitolo che parla dell'innulto fa che sia generale, che comprenda anco quelli che macchinorno di ammazzare lo eletto Arpia; averti qui sta l'inganno; lo ultimo capitolo considerallo bene, che ci è gran fraude, fa che possi pigliar le arme e far tumulto en caso che li tuoi capituli, e privilegij non ti volessero osservare. Popolo mio caro, stai accorto e non te fare più gabbare, altrimenti ne spargerai un mar di sangue”. *Ibidem*.

⁴⁷ *Ibid.*, Arcos, leg. 232.

⁴⁸ “il che tutto essendo propriamente discorso conforme l'antica scola del Conte Duca, che voleva perder le Provincie per poi conquistarle; e per questa strada sugettarle, e con messi di cittadelle dominare con la forza gli animi delli popoli. Il che l'esperienza ha dimostrato quanto accertato sia, come lo dice Barzelona che più d'una volta si può stimare si siano pentiti quelli ministri, che per applaudire al suo voto e gusto concorsero en quelle dimostrazioni, e resetterno le sommissioni de Catalani, che poi obligati dalla disperatione hanno causato una guerra così crudele che con tanto pericolo, *etiam* dell'altri Regni di S. M. si tratta e non

Cuando la flota llegó en Nápoles, el virrey, exasperado por su propia incapacidad para sofocar la sublevación, insistió todavía en la línea dura, que se diese una prueba de fuerza definitiva. A pesar de varias voces disidentes en su séquito, incluso en el seno del Consejo Colateral,⁴⁹ el virrey convenció a Juan José de Austria para que emprendiera una política de represión. Las tropas desembarcaron y marcharon a la ciudad apoyadas por la artillería (5 de octubre) para restablecer el orden con el uso de la fuerza.

Fue una decisión que inesperadamente provocó una resistencia obstinada del pueblo y que dio lugar a una lucha prolongada y amarga. Juan José de Austria se vio pronto obligado a retirar sus tropas y a intentar una nueva ronda de negociaciones, que se vería considerablemente dificultada por las bajas de ambos bandos. El partido popular, que se había radicalizado, eligió a un soldado de bajo rango, un tal Gennaro Annese, para que fuera su líder. Rechazó cualquier acuerdo y el 23 de octubre proclamó la república, ratificando así la ruptura completa de la legitimidad. Un noble francés de ilustre linaje, el duque Enrique II de Guisa, llegó y fue recibido como comandante general de las tropas populares. Se le dio el título de teniente y protector de la república según el modelo holandés de *stathouder*.⁵⁰

Había disensiones. Un cartel explicaba claramente la razón por la cual la participación de los nobles era necesaria para crear una verdadera república. El afiche sostenía que, para crear una república, serían imprescindibles tres condiciones: “primero, que todo el pueblo esté de acuerdo; segundo, que toda la nobleza y los barones estén de acuerdo; y tercero, que todo el reino esté de acuerdo; y, aquí, ninguno de ellos está de acuerdo”.⁵¹

Gerónimo de Almeyda, secretario de estado y guerra, que tenía su propio sistema de información, en una carta, a principios de 1648 informó a Arcos que *Monsù* –el duque de Guisa– “estaba esforzándose vigorosamente por inducir a estos caballeros y nobles a la revuelta”, y en apoyo de su plan, trataría de conseguir que el pueblo perdonara al duque de Maddaloni. Según la información de Almeyda, el pueblo estaba “descontento con los franceses, que no solo no habían traído dinero, sino que se habían servido del dinero de los bancos”, así como del Monte de Piedad.⁵²

Un cartel sin fecha, pero compuesto en tiempos de Guisa, expresa bien la decepción creciente por la no llegada de la flota francesa y la falta de es-

si può vincere, et ha costato tanti tesori e gente, senza che di presente se ne possa sperare di vedere la fine”. Véase el volumen editado por A. Musi e S. Di Franco: *Mondo antico en rivolta (Napoli 1647-48)*, Manduria-Bari-Roma, Lacaíta 2006, p. 106.

⁴⁹ A. Musi: *La rivolta ... cit.*, pp. 171-172.

⁵⁰ J. Loiseau – G. Baguenault de Puchesse: *L'expédition du duc de Guise. La politique de la France dans la Révolution de Naples de 1647. Lettres et instructions diplomatiques de la cour de France (1647-48)*, Paris, Herluison, 1875.

⁵¹ Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, Arcos, leg. 232.

⁵² *Ibid.*, Vélez, leg. 1542, Almeyda a Arcos (18 de febrero de 1648).

peranza que esta perspectiva suscitaba.⁵³ Al final, la negociación con los españoles fue la solución elegida también por el componente radical de la revolución, decepcionado por el comportamiento de los franceses y por el liderazgo del duque de Guisa.

CONCLUSIONES

El enfrentamiento entre Maddaloni y Masaniello fue el hecho decisivo para determinar la explosión del sentimiento antinobiliario: la ira popular se había dirigido hasta entonces sobre todo –como atestiguan las listas de casas quemadas– contra los asentistas y comerciantes implicados en la gestión de los impuestos. A partir de aquí, desde este giro decisivo, la revuelta tomó un sentido diferente al de los acontecimientos catalanes y portugueses, un desarrollo original en el que vale la pena insistir. Esto está bien descrito en la famosa pintura de Micco Spadaro, *La rivolta di Masaniello del 1647*, en el que destacan los tres acontecimientos centrales de la primera fase de la revuelta, representados de forma sincronizada: el protagonismo de Masaniello, el mausoleo que celebra el acuerdo elaborado por el pueblo con el virrey para la abolición de la gabela y, en el centro de la pintura, la exposición pública del cadáver de Peppe Carafa, colgando de la horca por un pie, como un traidor, pero tal vez también en memoria de la patada dada a Filomarino.⁵⁴ El asesinato de Carafa es, al fin y al cabo, el acontecimiento crucial, aquel del que desciende la fractura fundamental entre pueblo y nobles, una división que debe ser repensada y explicada: es decir, debe ser sustraída a una posición cómoda y “natural” como ejemplo de una eterna lucha de clases, o usada como un estigma de la inmadurez de una insurrección sin pies ni cabeza, para devolver la centralidad al misterioso y terrible fenómeno en torno al cual gira el sentido profundo de esos acontecimientos, es decir, el descubrimiento de la indecible e impensable autonomía popular,

⁵³ “Populo mio con molta ragione dovemo piangere la fortuna e miseria nelle quali noi siamo circondati, et vedere che queste crescono di maniera con nostro male governo che stiamo a pericolo di morirci di fame et perder la robba, et la vita miseramente, senza che sia chi possa procurarci il rimedio havendolo liberato tutto en quattro francesi tramattori, et ingendatori che ci hanno posti qui dentro con promesse fallaci senza che nessuna di quante hanno fatto possano haver effetto, che non solo non vi è armata francese che venga ma nessuna speranza di poterla aspettare et il tutto sono follie et volersi levare il dinaro, et ne doverissimo finire di fidarci da francesi della poca fede che osservano, et con quanto estremo aborriti da tutti quelli che conoscono li loro trattamenti et pocha fede, il certo è che per adesso noi andiamo principitati, aprite gli occhi che chi ci da questo haviso desidera che noi non ci perdemo et vi si dia tempo che potrete trattare di arremediare con mezzi honesti et da voi quando che no sarà chi si risolve a trattar di questi”. *Ibid.*, *Arcos*, leg. 232.

⁵⁴ El cuadro de Micco Spadaro, alias Domenico Gargiulo, se encuentra en Nápoles en el Museo Nazionale di San Martino.

simbolizada por Masaniello, el pescador descalzo, el último de los últimos capaces de dar órdenes *erga omnes*.

Sobre la base de estas consideraciones podemos llegar a una conclusión. En comparación con los demás casos europeos, la posición de Galasso, según la cual la debilidad de los grupos de la burguesía napolitana explicaría la diversidad de la revuelta no solo con respecto a los casos inglés y francés, sino también con respecto a los portugueses y catalanes, además de ser cuestionable en cuanto a sus méritos, no parece captar el punto decisivo. Lo que hace que la llamada revuelta de Masaniello sea interesante a nuestros ojos es la misma razón por la que, desde una cierta perspectiva, es decididamente insuficiente: a saber, su inesperada, fascinante y al mismo tiempo horrible radicalidad. Radicalidad significa aquí la naturaleza extraordinaria de un proceso de exclusión política que priva a un cuerpo social de una parte significativa de su clase dirigente. Y eso por lo tanto lleva a toda una sociedad cuyas relaciones verticales y jerárquicas normales se interrumpen, a reconstruir otras nuevas. Esta situación, nos guste o no, ocurrió por primera vez en esas proporciones y con un enorme eco internacional en Nápoles en 1647-48. Pero también sucederá en otros momentos de la historia y, por esta razón, la historia de la llamada revuelta de Masaniello que se convirtió en revolución de Nápoles, será utilizada y copiada, reproducida y ejecutada.

Hay que afirmar que las revueltas/revoluciones de la temprana edad moderna nacieron, por así decir, incrustadas en la trama de las relaciones de facción que estructuraban la política de la época. Esto en absoluto implica reducirlas a una conspiración. De hecho, serán los procesos de radicalización, por la duración y el grado de polarización que producen, los que modificarán la estructura ordinaria de la política, autonomizando sujetos previamente sometidos a esquemas precisos de participación subordinada, e incluyendo a otros previamente excluidos de la vida política de la comunidad. Al fin y al cabo, la revuelta/revolución es precisamente ese acontecimiento que, partiendo del choque político ordinario, termina por expandirse, liberando nuevas energías sociales, y con ello nuevos espacios de discusión pública, precisamente por un proceso de exclusión y enfrentamiento –guerra civil– que produce una dramática rotación, un remplazo de las élites.

Pero, sobre todo, la historiografía invierte los procesos de radicalización política de nuevas preguntas que, no reduciéndose ya a la antigua cuestión de la etiología de la salida revolucionaria, pretenden ahora invertir la subjetividad de la experiencia revolucionaria. Y cuestionan, mucho más que en el pasado, el papel de la violencia, su uso y sus consecuencias.⁵⁵ La

⁵⁵ Véase la voz *Violencia* en mi libro *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Editorial Catedra, 2013, pp. 147-171; también *Violenza delle rivolte e violenza della giustizia nell'Europa moderna: opposizione o mimesi?*, en F. Benigno – L. Bourquin – A. Hugon: *Violences en révolte. Une histoire culturelle européenne (XIV^e-XVII^e siècle)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2019, pp. 99-110.

violencia, en efecto, hoy día ya no es una incómoda servidora de la Gran Narrativa Progresista, y tiende a ocupar un espacio central en los discursos de la esfera pública, y a convertirse en el fulcro de un retorno a una historia no tanto *événementiel* como “experiencial”. Una historia cuyo sentido ya no deriva de la adhesión al paradigma de la modernidad sino de las dramáticas elecciones individuales y colectivas, y de las máximas de orden ético y los valores que la acompañan.